

HERMILIO VALDIZAN y LA HISTORIA DE LA MEDICINA PERUANA*

POR EL PROFESOR DOCTOR

JUAN B. LASTRES

La comunicación de algunos destellos de aquella medicina que tuvo figuras como las de Raimundo Lulio y Miguel Servet a la naciente Colonia fué lenta y progresiva. Se pudiera decir que aprovecharan tanto españoles como indígenas, de los progresos incipientes de cada cultura; pero no hubo tal, cada medicina, con sus prácticas en veces primitivas, marcharon desunidas, y el elemento indígena se encastilló en su negativismo, no pudiendo aprovechar convenientemente los pocos médicos españoles del gran arsenal de plantas indígenas, muchas de ellas de propiedades médicas muy recomendables.

La vigorosa raza hispana, en el esplendor de su gloria, cuando aun el sol no se ponía en sus vastos dominios, acometió su gloriosa empresa, confiada principalmente en el valor de su brazo y en el vigor de sus músculos, sin preocuparse mayormente de la ciencia galénica. Los conquistadores sabían matar mejor que vivir, ** pues su robusta constitución les hacía despreciar las conveniencias de portar algún galeno en su séquito.

* Comunicación presentada el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina, Madrid, 1935.

** VICUÑA MACKENA : *Los médicos de antaño en el Reyno de Chile*, Santiago, 1877.

Los *camasccas* o *sonccoyoc* del Tahuantisuyo, como los *machis* del Arauco antiguo, fueron suplantados parcialmente por los galenos de toga de la España vencedora de los árabes. Los horrores de la Conquista y las guerras civiles, hicieron aún más impenetrable al indio. Su medicina, mezcla de taumaturgia y empirismo, se refugió en las escabrosidades de los Andes, entre las abruptas quebradas, para que algún misionero piadoso penetrara suavemente por la doctrinación individual y conociera de sus múltiples virtualidades.

En cambio la otra medicina, la de toga, que corría parejas con los vaivenes de la lucha, hubo de crecer accidentada, como las vicisitudes de su adaptación al suelo.

A la patología del Incario, con tendencia marcadamente vegetativa, sólo alterada por obra de la funesta epidemia que diezmó los ejércitos de Huayna Capac, sucede la patología de la Conquista. Los períodos de agitación política tienen marcada influencia no sólo en la vida misma de los pueblos, sino en sus manifestaciones morbosas. Vemos que, recién iniciada la conquista, zozobra por la funesta epidemia de "berrugas", que tanto daño hiciera entre las huestes de Pizarro. La misma evolución de la Colonia no es, al decir de algunos escritores, sino una sucesión de epidemias, muchas implacablemente desoladoras, como las de sarampión, tifus, viruela, etc. Nuevos factores infecciosos entran en juego y hasta las condiciones telúricas parece que se modificaran aumentando la receptividad de las poblaciones.

El imperio de los barberos y albéitares fué omnímodo, según Valdizán, en los primeros tiempos de la Conquista. Estos improvisados cirujanos practicaron impunemente su arte, en veces bárbaro. Los modestos médicos importados de la metrópoli, entre los que se encuentra primero Don Hernando de Sepúlveda (1537), debieron ejercer poca influencia con su escasa doctrina.

"A la cabecera de los enfermos, desempeñando las más humildes y piadosas funciones, debieron formarse los primeros médicos y cirujanos criollos y sus maestros debieron ser los primeros médicos y cirujanos españoles a quienes se encomendó la asistencia de los hospitales. Pocas eminencias médicas se establecieron en el Perú. Y pocas eminencias médicas se formaron a la sombra de éstas" *

* H. VALDIZÁN : *La Facultad de Medicina de Lima*.

El cauce verdaderamente científico fué iniciado con la fundación de la Universidad Mayor de San Marcos, en 1551, por el Emperador Carlos V, establecimiento que también hubo de sufrir los vaivenes de las instituciones nacientes.

Vicuña Mackena define la medicina colonial como mitad de medicastro, mitad de *machi* (refiriéndose a Chile), española, grecoromana, empírica y supersticiosa, del siglo XVI. La benevolencia (que nos relata el mismo historiador) de los Padres Capachos se le equipara a la muy piadosa devoción de nuestro Fray Gerónimo de Loayza, fundador del Hospital de Santa Ana de Lima, uno de los primeros de la colonia.

Hermilio Valdizán viene al mundo, precisamente el mismo año del heroico sacrificio de Carrión, en 1885, fecha que señala el advenimiento de páginas gloriosas para la medicina patria. Su cuna se mece a orillas del caudaloso Huallaga, en la apacible Huánuco, de ilustre prosapia, donde la pureza de su cielo tonificó el ser del pequeño, preparándole para ulteriores designios.

Supo aprovechar ventajosamente la etapa juvenil, favoreciendo el despertar de sus cualidades innatas. A la edad en que bullen en el cerebro las inquietudes germinales, no siempre encauzadas a la investigación y al estudio, Valdizán, se sustraía, se reconcentraba, procurando vaciar todo el fuego de su imaginación de adolescente, en las cuartillas inanimadas de papel, dándoles vida y colorido nuevo. Su alma tierna y sensitiva, hubo de sufrir rudos golpes ante el escepticismo, la indiferencia y la envidia. Pero todos estos al parecer obstáculos, templaban su alma, le comunicaban nuevos impulsos para la lucha y un rumbo definido y sereno a su imaginación. Había descubierto, según la frase de Renán, un "horizonte inmenso, el de la vida", en que supo escrudriñar sus misterios y armonizar sus accidentes merced a su delicada alma de poeta. Pues su obra es un continuado poema en prosa, sencillo y armonioso, profundo y elevado, pero conservando siempre el sello inconfundible de la nostalgia de su tierra natal.

Su misma vida, aun en sus años mozos, es un culto constante de lo antiguo, es la "veneración piadosa del pasado" (Rodó), de ese pasado cuyo laberinto conocía y cuya visión le extasiaba.

La historia médica se presenta a Valdizán como una selva inexplorada y virgen. Entonces no había más que uno que otro destello, uno que otro opúsculo, fragmentario conocimiento de edades pretéritas. La reconstitución del pasado está por hacer, y el artífice comienza a modelar su obra desde muy joven. Le interesan todos sus accidentes, desde lo más remotos, velados por la leyenda del Incario, hasta los más recientes, incluyendo a Carrión.

El conocimiento exhaustivo de los "amables cronistas de Indias", el afán incesante de desempolvar viejos archivos, la sed inextinguible de cultura, hicieron pronto de Valdizán una autoridad indiscutible en nuestra historia médica. Hay que observar en sus escritos la familiaridad con que cita a todos los cronistas, desde el arcaico y puntualísimo Cieza de León hasta Acosta, Cobo, Pachacuti, etc. Tenía especial empeño, no solamente en consultarlos acuciosamente, como asíduo de bibliotecas que era, sino en procurarse viejos volúmenes para saborearlos con detenimiento.

En su afán de remontarse a los orígenes de la medicina peruana, de ese remedo de medicina india, con prácticas primitivas a base de grosera superstición, logra entrever dos representantes del arte de curar, dos sacerdotes indios, cuya figura diseña: el *Xulcamango* y el *Xulcahuamán*. Y transparenta su alegría de investigador afortunado, cuando a la vuelta de una descripción atildada del cronista encuentra el hilo de Ariadna del motivo médico.

Quien lea sus numerosos escritos sobre historia, siente el mágico efuvio del contacto del pasado, pero de un pasado armonioso, en que a la agresividad de la naturaleza se une la vida melancólica del indio, con sus múltiples creencias y sus prácticas taumatúrgicas. Desfilan en ellos descripciones de supersticiones, fiestas y costumbres indígenas, no bajo la pluma condenatoria de los numerosos historiadores españoles, sino bajo la mirada piadosa, la razón psicológica y la puntualización científica. Ofrece las características del mestizo Garcilazo y de Huamán Poma, el auténtico indio, cuando se conduce del derrumbe de la civilización y canta las glorias del Imperio, como si fueran las de su sangre.

Largo sería analizar la variada y selecta producción histórica. En sendos volúmenes se hallan documentados los diversos períodos de la historia clásica. Cuando se recorren las páginas de su tesis doctoral, *La alienación mental entre los primitivos peruanos*, uno se siente extasiado ante la sutileza de interpretación de motivos de fina psicología. Bien hizo el inmortal Charcot al escribir su estupenda obra *Les difformes et les malades dans l'art* interpretando, a través

de las imperecederas obras de arte, las manifestaciones de la monstruosidad, la enfermedad y la muerte. Hábil fisonomista, pero no creyente ectoposco, Valdizán intuye y correlaciona las diversas variedades del rostro, con los estados del alma y los procesos psicopatológicos. Se puede notar un acendrado espíritu de crítica neurológica retrospectiva en el tercer capítulo, titulado : Los factores etiológicos de la alienación mental, que mejor sería : "Formas somáticas de algunos procesos del sistema nervioso". Estudia allí la parálisis facial en los huecos, el tic y la coreomanía epidémica o *taqui oncco*, que a manera de epidemia desoladora, recorrió la Europa de la Edad Media, provocando numerosas víctimas. Efectivamente, de las citas históricas exactas, respecto a una enfermedad de "Baile" (baile) sobre todo la del verídico Polo de Ondegardo, hace creer que pudiera haber existido esta curiosa dolencia nerviosa en sus manifestaciones primitivas de Baile de San Vito; como cuando en época pasada los enfermos eran enviados a la capilla de San Vito, en que, bajo la influencia de la fe, amenguaban los trastornos motores.

Grandes hubieron de ser las dificultades que experimentara Valdizán para componer su obra *La Facultad de Medicina de Lima*, publicada la primera edición en 1913, y vuelta a editar en 1925, edición separada de la primera, "por doce inviernos", que no lograron amenguar perseverancia del autor en el acopio de datos para la historia de su dedicación. Derivan estas dificultades de las pocas y fragmentarias fuentes de historia médica; y sólo después de benedictina búsqueda, adelanta el título modesto de "Noticias" al primer capítulo de la etapa colonial, cuando la proyección incipiente del arte de curar español hubo de injertarse sorpresivamente en medio del accidentado período de guerras civiles.

Comienza el sabio su búsqueda el año de 1905, búsqueda minuciosa de historiador concienzudo. No le arredran ni la magnitud de la empresa, ni los obstáculos que tendrá que vencer. Los viejos infolios están dispersos y muchos de ellos destruidos por los desmanes de la invasión chilena. No existía, como él dice, orientación ninguna para el estudio, ni en archivos, ni en bibliotecas. Hubo él de reformarlos pacientemente, procurándose todos los elementos. Por eso ha de referirse forzosamente a las fuentes de segunda mano, a las crónicas. Estas son muchas, dilatadas e ingeniosas; algunas fidedignas, que se concretan a la enumeración, sin entrar en atisbos críticos; otras están viciadas por una frondosa fantasía.

Hubo de escanciar el sabio todas las fuentes, saborear el viejo estilo, introducirse en las guerras civiles de los primeros conquista-

dores y entresacar el corto párrafo médico, para valorarlo y exponerlo a la crítica. Labor de fino artista imaginativo la de reconstruir el pasado y vestirlo con las galas de la imaginación, dar colorido y vida nueva a lo yerto en el fárrago de las crónicas.

Y a pesar de ello, su modestia no le permite enmarcar el estudio de la medicina colonial peruana, con un título preciso. Llama únicamente "Noticia" a aquella labor de historiador-crítico; y se conduce del poco asidero, por no haber llegado a su mano, sino dispersos, los archivos del Real Tribunal del Protomedicato del Perú.

Bien sabidas son las dificultades que se presentan a una empresa editorial, aunque sea modesta. No fueron muchos los galenos que tuvieran afición por el arte de la escritura, y los pocos virtuosos mezclaban afanosamente las doctrinas hipocráticas con tal o cual versículo del Génesis, pasajes de Séneca, Juvenal, etc., sin mencionar las ampulósidades de una erudicción insubstancial. Hay, sin embargo, raras excepciones. Una crónica médica muy jugosa, que da la orientación sobre el ejercicio de la medicina ya establecida en el virreynato, es la del médico francés Petit; así como el del protomédico Bermejo y Roldán.

Aun acercándose al período republicano, en que menudeaban los folletos y aún algunos periódicos, entre ellos el célebre *Mercurio Peruano*, que propiciara Unánue, las fuentes no son muy verídicas. La inmensa obra social de la creación del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, que iniciara Unánue y favoreciera Abascal, a pesar del jalón histórico que significa, tiene sin embargo algunos puntos oscuros, pese a la importancia de uno que otro dato disperso de José Casimiro Ulloa.

En *Locos de la Colonia*, ensayo de neuropsiquiatría retrospectiva, llama la atención la observación especializada de los personajes, el estilo que es más suelto, tirando hacia la forma novelesca. Se diría que se lee un romance, en que los conceptos científicos aquí y allá van puntualizando los síntomas patológicos de tal o cual personaje y de su ambiente. La interpretación nos es más aceptable que en la etapa anterior, por estar el período cargado de personajes de mayor connotación histórica. El ambiente médico colonial, mezcla innarmónica de chispazos de la medicina de Raimundo Lulio, Villeneuve y Servet y brotes del ambiente, plagado del misticismo del Incario. Allí desfilan, entre crónicas licenciosas y fausto virreynal, los diversos procesos neurológico-psiquiátricos, las perturbaciones endocrinas, las manifestaciones histéricas y epilépticas, el vampirismo de los in-

dios, las intoxicaciones alcohólicas, etc. Sobre la base de una donosa tradición de Palma, encontramos la interpretación juiciosa del trastorno y el diagnóstico exacto.

Como es bien sabido, la locura fué para los antiguos enteramente demoníaca, la posesión. El elemento indígena, politeísta por excelencia, con tono mental deprimido, tuvo seguramente una fatal derivación hacia algunas de sus formas. Valdizán, diligente inquisidor folklórico, al hacer la historia de la asistencia de alienados en el Perú antiguo, * insiste en el poco caso que se hizo a los enfermos de la mente desde el punto de vista terapéutico. Así, piensa que la palabra *Opa* es un término despectivo quechua. Es probable que fuera poco piadoso el trato para estos infelices, usando "la brutal supresión o las crueldades de una privación de libertad", siendo su mal, como se creía, producto de la cólera divina. Es el mismo Valdizán quien revive el espíritu colonial de las "Loquerías" de San Andrés. "Se habla—dice Valdizán—de cadenas y cepos, de las manos ligadas, de las celdas en que el temor de la agitación cuidaba de encerrar a los enfermos, conduciéndolos a la perpétua agitación y al gatismo".

Se ha dicho que el ambiente de la Colonia estaba cargado de misticismo conventual y de rabulismo desorientador. Es a comienzos de la era colonial (1579), en esta etapa de refugio conventual de los conocimientos médicos que aparece la preclara figura del beato Martín de Porres, ** aureolada por la leyenda de sus fantásticas curaciones. Con ocasión de él nos cuenta Valdizán del estado de los gremios médicos; del gremio médico soberbio y desdeñoso, al que seguía el de los cirujanos, que tenían muy pobre consideración. Hubo entre éstos muchos de condición humilde y no pocos esclavos. Sugestiva nos pinta Valdizán la historia de estos personajes limeños, barberos o cirujanos de los cuales guardan recuerdo las crónicas. Sus curaciones andan mezcladas con lo sobrenatural, y los vemos curando con igual devoción una erisipela, una hemorragia, una convulsión, etc., prodigando el consuelo a manos llenas.

En aquellos tiempos de oscurantismo, era afición común aquella de ejercitar con igual denuedo el arte del barbero y el de cirujano. Este arte del barbero "muy necesario para el limpio vivir", *** fué ejercicio muy difundido en el virreynato. La purga

* VALDIZÁN : *Diccionario de la Medicina Peruana*, Lima, 1923.

** VALDIZÁN : *Martín de Porres, cirujano*, Roma, 1913.

*** VALDIZÁN : *Medicina de otros tiempos. El arte del barbero*, Roma, 1913.

y la sangría, con la copiosa diatriba que suscitan en los Caviedes, así como los poco afortunados prácticos que la ejercieron, se suceden en el ritmo médico de aquel entonces, motivando acaloramiento por su ejecución precipitada.

Nada puede enorgullecer más a los peruanos en materia de paleoterapéutica vegetal, que el portentoso descubrimiento del efecto antimalárico de la corteza peruana de la quina. * La misteriosa acción febrífuga de la preciosa chinchona, fué cuidadosamente guardada por la leyenda indiana. Y es Valdizán quien atisba históricamente los efectos sociales y científicos del portentoso descubrimiento. Nos cuenta cómo el Asaro y el Mechoacán, el uno europeo y el mejicano, fueron los precursores del árbol peruano de la quina. La leyenda indígena respecto a la eficacia de este producto hubo de llegar a los médicos de la esposa del Virrey Conde de Chinchon, volviendo la salud a la desventurada virreyna. En torno de este sencillo hecho se teje la leyenda del indio sufriendo calenturas y se imagina el lago que en sus tranquilas aguas rozaban las expansiones del árbol de la quina (1638). Como historiador, Valdizán no se limita exclusivamente al Perú, nos relata la ola victoriosa y progresiva que a través de España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Holanda, Suiza y Portugal lleva los beneficios de la quina.

El diligente Padre Bernabé Cobo, ** nos cuenta pormenorizadamente las angustias de los primeros arzobispos para atender a la asistencia social, sobre todo, del muy benemérito Fray Gerónimo de Loayza, y de las grandes obras de caridad que hicieron. En 1596 gobernando el Perú el virrey Don Luis de Velasco, vino un siervo llamado Luis Pecador, "el cual vestido de un grosero saco de sayal dió gran ejemplo de virtud y penitencia". Valdizán rehabilita el ya vacilante recuerdo de este modesto servidor de la asistencia infantil, cuando con el Dr. H. Delgado, hace la historia de la asistencia de anormales en el Perú.

Muchas figuras, antes imperfectamente tratadas, lo son por Valdizán en forma pormenorizada y con carácter técnico. Es así como incorpora la figura heroica de Luis Ojeda, el humilde que se hacía llamar "El Pecador", aquella figura magnánima, que se sacrifica por la infancia desvalida. Representa el concepto de asistencia social y de protección a la infancia de la época. ***

* VALDIZÁN : "La corteza peruana". *La Crónica Médica*, Lima, abril, 1915.

** *Monografías históricas sobre la ciudad de Lima, Concejo Provincial, VI Centenario de la fundación de Lima*, 1935.

*** VALDIZÁN y DELGADO : "La infancia anormal. Estado del problema en el Perú", 1ª *Conferencia del niño*, Lima, 1922.

A mediados del siglo XVIII aparece esa lumbrera enciclopédica, mitad español, mitad peruano, el aragonés Cosme Bueno (1711-1798). Moreno, su discípulo dilecto, honrró su memoria y Valdizán glosó principalmente su obra médica. Son destacadamente Peralta en el siglo XVII y Bueno en el XVIII, los dos luceros que iluminan las ciencias médicas durante la Colonia.

Muchos son los médicos que Valdizán exhuma del olvido. Merecen estos honores del bibliófilo que aquí honramos : Matute, el Gran Matute, como le llamaban sus discípulos, primer maestro de Anatomía; el Padre González Laguna, distinguido naturalista; el Licenciado Gago de Vadillo.

Sus catacterísticas de historiador acucioso, le permiten descubrir muchos aspectos autóctonos. Reclama — como dice Rabagliati* — para Gago de Vadillo el sitio que le corresponde y descubre una cita de Martín Melgar del año 1800. Destruye además un error atribuído al sabio Unánue sobre etiología de la verruga, error vertido por su maestro Moreno; y además trae un dato sobre la verruga de los libertadores. **

El *Diccionario de la Medicina Peruana*, fué sin duda la obra de mayor aliento de Valdizán. El impecable desarrollo de la materia médica, la puntual crítica del personaje, la aplicación médica de tal especie botánica, la historia amena de tal o cual institución médica están fielmente tratados. Fuente de consulta inagotable y certera, para resolver de pronto la precisión de un dato, la aclaración de un concepto oscuro.

Crónicas Médicas titula una de sus últimas producciones. El escritor está en el cenit de su brillante carrera. La elegancia del estilo y la veracidad del relato andan acordes. Al leerlas uno siente vivir en los albores de la República, con su cambiante vida social. Allí desfilan la figura del médico francés Brandin, con sus "muchos neologismos y galicismos sin cuento", narcisista grafomaníaco, publicando la primera revista médica; la del violento cirujano Dounglas, de la curandera Doña Dorotea Salguero y algunas crónicas más.

Como historiador biográfico es notable. Para muestra basta la biografía de José Hipólito Unánue, modelo en su género, verídica e insuperable, pues, hasta su aparición sólo existía la de Vicuña Mackena, bien compuesta, pero errada en algunos conceptos históricos : Valdi-

* REBAGLIATI R. : "Enfermedad de Carrión", *Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*, tomo XVII, 1935.

** REBAGLIATI : Ob. cit.

zán nos lo presenta como el genial humanista, espíritu polímorfo que continúa la estela luminosa de Peralta y Cosme Bueno; pero sobre todo como el padre de la medicina peruana, biólogo genial, que da vida a sus dos obras cumbres : *El Anfiteatro Anatómico y el Real Colegio de Cirugía y Medicina de San Fernando* y aquella enciclopedia médica de la época, *El Clima de Lima*.

Bien sabida era la aterradora letalidad que ocasionaba la viruela en nuestro territorio y el oportuno envío de la vacuna en tiempo de Carlos IV. Valdizán aporta algunos documentos inéditos para la historia de la vacunación en el Perú, en Lambayeque, Maynas y Chiloé.

La depreciación social de los cultores de las ciencias médicas durante la Colonia era obstáculo poderoso para detener las aspiraciones de los bien nacidos. Fué labor y gigantesca la de nuestro sabio Hipólito Unánue propiciar y obtener del celoso gobernante Abascal la erección del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando. Ningún historiador mejor colocado que Valdizán, para conocer e interpretar los íntimos detalles de este magno acontecimiento social. Aprovechó los viejos archivos, bastante incompletos, del Tribunal del Protomedicato. Grandes y poderosas fueron las razones que expusiera nuestro predilecto sabio para mover a Abascal, de suyo comprensivo y susceptible a la piedad, y ordenar la construcción del Colegio. Las incidencias de ésta desde su fundación, pasando por las campañas de la Independencia, y su ocaso, debido al ocaso de su fundador, están descritas magistralmente por Valdizán.

Son también dignas de mencionarse las biografías de José Manuel Valdez, el mulato célebre, en "el que coincidían las excelencias de la inteligencia y aquellas de la piedad"; de José Manuel Dávalos, el ilustre émulo y en veces detractor de Unánue; las de Bueno, Matute, Tafur y otros, entre los antiguos; y entre los modernos, el elogio al Prof. Ernesto Odriozola, la oración académica a José Casimiro Ulloa, el padre de los psiquiatras peruanos, la biografía, aunque incompleta, de Carrión y el elogio al Prof. George Dumas.

Valdizán amante de la bibliografía médica peruana, nos enseña la ordenación cronológica de los viejos infolios, anotando cuidadosamente, para cada uno, las incidencias de su aparición, así como su correspondiente crítica. Allí andan insertos desde la arcaica *Miscelánea Austral*, el *Tratado de los monstruos* de Peralta,

El Clima de Lima de Unánue, la evidencia de la circulación de la sangre del médico italiano Bottoni y muchos opúsculo más.

En Valdizán anecdótico hallamos la ductilidad del lenguaje y la fina ironía. En el decurso de la conversación, coge el hilo de una sabrosa anécdota, le dá forma y colorido, mezclándola en veces con cierta chispa criolla que encanta. Todos los accidentes de la frágil humanidad son para él otros tantos motivos anecdóticos. Los episodios de su vida, intensamente vivida, aquellas sus decepciones, que no fueron pocas, derivadas de la incomprensión del ambiente, la misma profesión, tan susceptible de prestarse a la sátira picante, los almacena el maestro e interpreta muchas veces el contenido de algún complejo reprimido.

Pionnier en los dominios del *folk-lore*, no escatimó momento a sus fatigas cotidianas para adueñarse de esta rama tan rica y tan poco explorada en nuestro medio. El alma popular en su tendencia simplista a explicar los fenómenos naturales ofrece características peculiares cuando se trata del elemento autóctono, del indio peruano. Entre el indio primitivo que adoraba las huacas, las piedras, los árboles, y el actual, que ha pasado por el traumatismo psíquico de la conquista y está aparentemente incorporado a una pseudo-civilización, no existen diferencias sustanciales. Los tres siglos de su eclipse colonial, apenas si le han hecho salir de la obnubilación. La medicina primitiva, con todas sus groceras manifestaciones externas, reina de manera absoluta entre ellos. Según ella, los fenómenos sobrenaturales, supeditan las manifestaciones morbosas, las modifican, y las prácticas taumatúrgicas las alivian y curan. Todo el *folk-lore* general y especializado es revisado cuidadosamente por Valdizán, en compañía de Maldonado. Desfilan las variadas creencias populares, las supersticiones, la acción de la brujería y de los brujos, los ritos, etc, etc. A este respecto describe una creencia popular en el departamento de Huánuco, relativa a la curación de las *yaguas*, especie de enfermedad de la primera infancia, en cuya génesis intervendría "una asociación grotesca del principio de la trasmisión hereditaria de caracteres y de aquel otro que establece los daños causados en el niño por los traumatismos psíquicos sufridos por la madre en el período de la gestación".

En un país como el Perú, que cuenta en su población un crecido número de elementos indígenas (al rededor de 3 millones), que prácticamente están al margen de la civilización, y que conservan en toda su pureza, con ligeras variantes, toda la primitividad de su barbarie, las tendencias populares ofrecen peculiari-

dades que hacen interesante su estudio. El Imperio Incaico, construido a base de superstición y taumaturgia, da fácil asidero a los estudios de *fol-klore*. Fuera de los grandes centros poblados, principalmente en las poblaciones serranas, reina el empirismo más grosero, que predispone a las prácticas populares más abigarradas. La psicología de nuestro curandero popular, así como la de la bruja, áspera, gruñona, están habilmente consignadas por Valdizán en su clásica obra * *El callaguaya*, antiguo y moderno, forma parte integrante del estado social, del que se diferencia por su vanidad y orgullo.

El estilo en Valdizán es tan peculiar que se descubre a la lectura de una página suelta. Es como una tela de seda, en que no se notan los accidentes de la hechura; siempre sencillo, elegante y ameno, sin la menor afectación. La integridad de una frase es a veces interrumpida por una oportuna cita, que viene a confirmar lo dicho. Es un estilista espontáneo y sencillo; el hilo de su discurso se desenvuelve sin titubeos, no amontona frases, si no alinea conceptos, cada vez mas substanciosos.

El afán constante de perennizar lo antiguo, lo llevó a proyectar un Museo de Historia de la Medicina Peruana, dentro de la Biblioteca de la Facultad de Medicina, y ya tenía el plan dispuesto para la ejecución de la obra, cuando la gran segadora vino a interrumpirlo.

Nadie como él para haber exaltado al máximo del nacionalismo médico. El venturoso recorrido del pasado y la amable invitación a las generaciones nuevas a proseguir su obra, fueron preocupación constante de su vida. Con qué fervor decía "nuestro Unánue", "nuestro Heredia", alguna teoría nacional, algún libro, algún procedimiento, algún aparato . . .

Sus grandes dotes de humanista, extensión obligada de la profesión psiquiátrica, como dice Laignel-Lavastine, se descubren en sus múltiples escritos. Fué sabio moderno por el dilatado acopio de conocimientos, la perseverancia de la acción, y la gran dosis de afecto que ponía en toda su obra.

En siglo tan utilitarista como el nuestro, no es frecuente encontrar románticos como Valdizán, "que busca en la historia reposo a las fatigas de la diaria labor, explicación a las amarguras del presente y augurio de horas serenas para la medicina nacional".

La obra histórica de Valdizán en el Perú no tiene paralelo, sus grandes dotes de erudito, su fino espíritu de crítica, le facilitan con creces el acceso a edades pasadas.

Escasa la bibliografía médica peruana antes del advenimiento de Valdizán, su espíritu de investigador afortunado la enriqueció en todos sus detalles. Sus mismas palabras servirán de cierre venturoso a sus lucubraciones y a este corto trabajo : "La Biblioteca Nacional fué el verdadero santuario de estas aficiones mías : imposibilitado de adquirir los clásicos de nuestra historia, debía robar unas cuantas horas a mis estudios de medicina y a mis trabajos de reporter de un diario, para devorar a Garcilaso y Calancha, a Meléndez y a Acosta, al Palentino y a Cobo", * favoreciendo el despertar en nuestro medio del interés por el estudio de la tradición y contribuyendo a formar el edificio de la Historia Médica del Perú.

* VALDIZÁN : *Diccionario de la Medicina Peruana.*